



INTERPELADOS POR LA NUEVA LEY DEL ABORTO

Queridos hermanos,

La reciente aprobación por nuestro Parlamento de una nueva legislación sobre el aborto y lo que llaman “salud sexual y reproductiva” interpela nuestras conciencias y afecta profundamente a nuestras vidas y a los derechos fundamentales de todos.

Es importante, en primer lugar, recordar que la aprobación de la ley por nuestros representantes políticos no cambia la naturaleza de las cosas. No está en el poder del Estado determinar qué es el bien y el mal. El aborto, que impide con violencia el crecimiento y el naci-



miento de un niño, quitando la vida a un ser humano indefenso, es intrínsecamente malo. Puede reconocerlo cualquier persona que tenga uso de razón y deseo de conocer la verdad; pero mucho más todo cristiano, pues nuestra conciencia puede ver las cosas en luz más clara, la luz de la fe. Un cristiano no puede considerar en modo alguno el aborto provocado como un bien, ni tampoco promover su realización.

Debemos guardar clara nuestra conciencia sobre este punto, ante la fuerza imponente del Estado que pretende que lo aceptemos como “un derecho”, y ante los constantes esfuerzos por imponernos –incluso ya desde niños– una manera de pensar sobre estas realidades fundamentales incompatible con la fe cristiana.

Se trata, en breve, de una manifestación de lo que Juan Pablo II definió como “una cultura de la muerte”, ajena al amor y a la vida.

Están en juego cosas muy importantes. En primer lugar, la vida de una gran cantidad de niños que, indiscutiblemente, correrían por las calles de nuestros pueblos y ciudades si con el aborto no se les impidiese nacer y vivir. Ante ello no podemos ser indiferentes.

Están en juego, en segundo lugar, la conciencia, el alma y el corazón de las madres, que inevitablemente sufren, son conmocionadas por la realización del aborto; un mínimo afecto y, por supuesto, un verdadero amor al prójimo impide que seamos indiferentes.



Con las madres y la decisión sobre el futuro de los hijos están en juego también la relación con el padre y la familia. Se rompen vínculos esenciales para la vida de cada uno y de todos, y tampoco podemos verlo con indiferencia.

Con esta ley también está en juego el respeto real del Estado por los derechos fundamentales, por la vida del hombre, por la libertad de pensamiento y de conciencia, por la libertad de educación; pues se pretende imponer desde el poder político una manera de pensar, la moral de una ideología de parte, y así se fuerza a la conciencia.

La descripción es sólo inicial; pero creo que muestra suficientemente la importancia de esta nueva ley para la vida de todos. No basta, por tanto, con guardar clara nuestra conciencia y firme nuestra opinión; debemos también manifestarla y procurar dar razones que la ha-



gan comprensible y comunicable. Una legislación puede ser corregida, en un país democrático, cuando la sociedad lo pide mayoritariamente. Para nosotros, esto es un servicio al bien común y al bien particular de muchas vidas y personas.

Aprovechemos todas las ocasiones de formación que se nos ofrecen; después de todo, soportamos ya una constante “formación permanente” de los grandes medios que sirven a la posición pro-abortista. Apoyemos aquellas propuestas que a nuestro alrededor defienden la vida de los no-nacidos y ayudan a las embarazadas que lo necesitan. En nuestra Iglesia y en la sociedad hay muchas iniciativas de apoyo a las madres y a la vida; tengamos conciencia de ello, para poder indicar a quien lo necesite dónde encontrará ayuda verdadera. Sobre todo, estemos cada uno atento a los posibles dramas y a las urgencias de embarazos no deseados, de madres tentadas de recurrir al aborto; que nos encuentren siempre cercanos y dispuestos a ayudarles. Que las puertas de nuestras comunidades y parroquias estén siempre abiertas a quien lo necesite, con respeto, discreción, cariño y diligencia.

Por nuestra parte, no apoyemos nunca, en cambio, iniciativas u organizaciones de carácter pro-abortista, sea de tipo cultural, social o político. Vemos ya, en la práctica, que tales políticas chocan directamente con nuestra conciencia cristiana. Es un tema con la suficiente importancia para que lo tengamos presente en aquellos apoyos y decisiones nuestras que tienen repercusión en la vida pública.



Cuidemos, en particular, a nuestros niños y jóvenes, cuidemos su educación moral y cívica. Están sometidos a una presión muy fuerte en lo referente a su moral personal y, en concreto, a la comprensión de la vida afectivo-sexual, y al aborto. Recordemos que los padres son los primeros responsables de la educación moral de los propios hijos, que con ello contribuyen de modo decisivo a su crecimiento como personas, a la formación de su conciencia y de su fe, a su felicidad. Conviene asumir la propia responsabilidad educativa también en los ámbitos de la enseñanza. Nuestra legislación favorece y presupone esta participación de los padres en la vida escolar; para un cristiano es hoy un deber primero con respecto a los propios hijos.



En pocas palabras, no aceptemos construir nuestra vida y nuestras casas, el futuro de nuestros hijos y de nuestra sociedad, sobre cimientos como los que pone esta nueva ley, con materiales que provienen de una “cultura de la muerte”.

Recordemos siempre, también a la hora de tomar decisiones que pueden implicar sacrificios, que la vida es un don divino, que surge del corazón paterno de Dios, que su verdadera sustancia es el amor. Dios es Amor. Guardemos nuestra fe en el Padre todopoderoso, en la misericordia inmensa que demostró con nosotros, pecadores, enviándonos a su Hijo, y no neguemos nunca la dignidad y los derechos a la vida y a la libertad de nadie, por débil, indefenso o enfermo que esté. Nadie es poco útil, ninguna vida deja jamás de ser sagrada. Afirmarla y cuidarla es nuestra dignidad, en la que nos mostramos como hijos de nuestro Padre que está en los cielos, y que da la luz de la vida a todos.

Pidámosle al Señor su ayuda con toda confianza. La oración no es arma pequeña, sino que hace invencible nuestra persona, abrigada bajo las alas del Altísimo, que cuida de los pequeños y los humildes.

Pidamos también la intercesión de la Virgen María, en particular por medio del rezo del Rosario. Ella, que fue incomprendida –incluso por José– cuando llevaba en el seno al Niño Dios, comprenderá la angustia de las madres. Ella, que se alegra para siempre por el Hijo nacido de su seno, puede infundir esperanza a todas las que viven un embarazo difícil o no deseado. Ella, que acudió a visitar a su prima Isabel, que esperaba un niño, nos enseñe a todos a imitar su ejemplo y a acudir con diligencia en auxilio de madres e hijos, cuando se encuentren en dificultades y peligros.



El Señor, que nació por nosotros pobre en Belén, considerará como propio todo lo que hagamos a favor de alguno de sus “hermanos más pequeños”, y no lo dejará sin recompensa: el ciento por uno aquí, con persecuciones, y luego la vida eterna.

Lugo, 8 de marzo de 2010

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo



INTERPELADOS POLA NOVA LEI DO ABORTO

Queridos irmáns,

A recente aprobación polo noso Parlamento dunha nova lexislación sobre o aborto e o que chaman “saúde sexual e reprodutiva” interpela as nosas consciencias e afecta profundamente ás nosas vidas e aos dereitos fundamentais de todos.

É importante, en primeiro lugar, recordar que a aprobación da lei polos nosos representantes políticos non cambia a natureza das cousas. Non está no poder do Estado determinar que é o ben e o mal. O aborto, que impide con violencia o crecemento e o nacemento dun



нено, quitando a vida a un ser humano indefenso, é intrinsecamente malo. Pode recoñecerlo calquera persoa que teña uso de razón e desexo de coñecer a verdade; pero moito máis todo cristián, pois a nosa conciencia pode ver as cousas en luz máis clara, a luz da fe. Un cristián non pode considerar de ningún modo o aborto provocado coma un ben, nin tampouco promover a súa realización.

Debemos gardar clara a nosa conciencia sobre este punto, ante a forza imponente do Estado que pretende que o aceptemos coma “un dereito”, e ante os constantes esforzos por impoñernos –incluso xa dende nenos– unha maneira de pensar sobre estas realidades fundamentais incompatible coa fe cristiá.

Trátase, en breve, dunha manifestación do que Xoan Paulo II definiu como “unha cultura da morte”, allea ao amor e á vida.

Están en xogo cousas moi importantes. En primeiro lugar, a vida dunha gran cantidade de nenos que, indiscutiblemente, correrían polas rúas dos nosos pobos e cidades se co aborto non se lles impedise nacer e vivir. Ante iso non podemos ser indiferentes.

Están en xogo, en segundo lugar, a conciencia, a alma e o corazón das nais, que inevitablemente sofren, son conmocionadas pola realización do aborto; un mínimo afecto e, por suposto, un verdadeiro amor ao próximo impide que sexamos indiferentes.



Coas nais e a decisión sobre o futuro dos fillos están en xogo tamén a relación co pai e a familia. Rómpanse vínculos esenciais para a vida de cada un e de todos, e tampouco podemos velo con indiferenza.

Con esta lei tamén está en xogo o respecto real do Estado polos dereitos fundamentais, pola vida do home, pola liberdade de pensamento e de conciencia, pola liberdade de educación; pois preténdese impoñer dende o poder político un xeito de pensar, a moral dunha ideoloxía de parte, e así fórzase á conciencia.

A descrición é só inicial; pero creo que mostra suficientemente a importancia desta nova lei para a vida de todos. Non basta, polo tanto, con gardar clara a nosa conciencia e firme a nosa opinión; debemos tamén manifestala e procurar dar razóns que a fagan comprensible e comunicable. Unha lexislación pode ser co-



rrixida, nun país democrático, cando a sociedade o pide maioritariamente. Para nós, isto é un servizo ao ben común e ao ben particular de moitas vidas e persoas.

Aproveitemos todas as ocasións de formación que se nos ofrecen; despois de todo, soportamos xa unha constante “formación permanente” dos grandes medios que serven á posición pro-abortista. Apoiemos aquelas propostas que ao noso redor defenden a vida dos non-nacidos e axudan ás embarazadas que o necesitan. Na nosa Igrexa e na sociedade hai moitas iniciativas de apoio ás nais e á vida; teñamos conciencia diso, para poder indicar a quen o necesite onde encontrará axuda verdadeira. Sobre todo, esteamos cada un atento aos posibles dramas e ás urxencias de embarazos non desexados, de nais tentadas de recorrer ao aborto; que nos encontren sempre próximos e dispostos a axudarlles. Que as portas das nosas comunidades e parroquias estean sempre abertas a quen o necesite, con respecto, discreción, cariño e dilixencia.

Pola nosa banda, non apoiemos nunca, en cambio, iniciativas ou organizacións de ca-

rácter pro-abortista, sexa de tipo cultural, social ou político. Vemos xa, na práctica, que tales políticas chocan directamente coa nosa conciencia cristiá. É un tema coa suficiente importancia para que o teñamos presente naqueles apoios e decisións nosas que teñen repercusión na vida pública.



Coidemos, en particular, aos nosos nenos e mozos, coidemos a súa educación moral e cívica. Están sometidos a unha presión moi forte no referente a súa moral persoal e, en concreto, á comprensión da vida afectivo-sexual, e ao aborto. Recordemos que os pais son os primeiros responsables da educación moral dos propios fillos, que con iso contribúen de modo decisivo ao seu crecemento como persoas, á formación da súa conciencia e da súa fe, á súa felicidade. Convén asumir a propia responsabilidade educativa tamén nos ámbitos do ensino. A nosa lexislación favorece e presupón esta participación dos pais na vida escolar; hoxe para un cristián é un deber primeiro con respecto aos propios fillos.

En poucas palabras, non aceptemos construír a nosa vida e as nosas casas, o futuro dos nosos fillos e da nosa sociedade, sobre cimentos



como os que pon esta nova lei, con materiais que proveñen dunha “cultura da morte”.

Recordemos sempre, tamén á hora de tomar decisións que poden implicar sacrificios, que a vida é un don divino, que xorde do corazón paterno de Deus, que a súa verdadeira substancia é o amor. Deus é Amor. Gardemos a nosa fe no Pai todopoderoso, na misericordia inmensa que demostrou connosco, pecadores, enviándonos ao seu Fillo, e non neguemos nunca a dignidade e os dereitos á vida e á liberdade de ninguén, por débil, indefenso ou enfermo que estea. Ninguén é pouco útil, ningunha vida deixa xamais de ser sagrada. Afirmala e coidala é a nosa dignidade, na que nos mostramos coma fillos do noso Pai que está nos ceos, e que dá a luz da vida a todos.

Pidámoslle ao Señor a súa axuda con toda confianza. A oración non é arma pequena, senón que fai invencible a nosa persoa, abrigada baixo as ás do Altísimo, que coida dos pequenos e os humildes.

Pidamos tamén a intercesión da Virxe María, en particular por medio do rezo do Rosario. Ela, que foi incomprendida –mesmo por

Xosé– cando levaba no seo ao Neno Deus, comprenderá a angustia das nais. Ela, que se alegra para sempre polo Fillo nacido do seu seo, pode infundir esperanza a todas as que viven un embarazo difícil ou non desexado. Ela, que acudiu a visitar á súa curmá Sabela, que esperaba un neno, nos ensine a todos a imitar o seu exemplo e a acudir con dilixencia en auxilio de nais e fillos, cando se encontren en dificultades e perigos.



O Señor, que naceu por nós pobre en Belén, considerará como propio todo o que fagamos a favor dalgún dos seus “irmáns máis pequenos”, e non o deixará sen recompensa: o cen por un aquí, con persecucións, e logo a vida eterna.

Lugo, 8 de marzo de 2010

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

